

no visibles, son las más implacables. Es necesario, por tanto, resignarse á esas batallas, que no podrían evitar nuestros discursos. El mundo marcha con nosotros ó contra nosotros, según la manera como sepamos orientarnos. Las necesidades naturales nos conducen, y en vano intentaríamos huir de ellas. Se podrá maldecirlas, pero es necesario soportarlas.

LIBRO V

LOS ERRORES DE PSICOLOGÍA POLÍTICA EN MATERIA DE COLONIZACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Nuestros principios de colonización.

Las luchas económicas entre el Oriente y el Occidente constituirán quizás una de las mayores preocupaciones del siglo xx y ocasionarán fatalmente más ruinas y sangre que las producidas por las guerras de los tiempos pasados. En este conflicto de dos civilizaciones dominadoras, las colonias están llamadas á desempeñar un importante papel. Es manifiesto el interés que tenemos hoy en conservar las nuestras y, por tanto, no podemos permanecer indiferentes á lo que las concierne.

La administración de las colonias fundadas por diversas naciones europeas se basa en principios muy determinados, inspirados por la experiencia. Estos principios, que al parecer debieran ser generales, varían, por el contrario, según los pueblos que los aplican.

Quizás sea exagerado decir que varían según los pueblos, porque en lo que se refiere á los métodos

colonizadores, pueden distinguirse, entre las potencias europeas, dos clases ó categorías. En la primera se encuentran casi aislados los franceses; la segunda comprende la mayor parte del resto de las naciones. Estos diversos países fundan colonias para conservarlas y sacar provecho de ellas. Elevándonos por cima de esas mezquinas preocupaciones y no olvidando que nuestra misión es la de llevar á los diversos pueblos los beneficios de la civilización, pretendemos gobernarlos con nuestras instituciones ó ideas, instituciones ó ideas que son rechazadas desgraciadamente con absoluta unanimidad. Convencidos de la perfección de nuestro derecho, persistimos en nuestras doctrinas, y así continuaremos hasta que una serie continuada de catástrofes y desastres nos demuestre que en materia colonizadora nuestros grandes principios constituyen, teórica y prácticamente, lamentables errores.

En un capítulo de mi libro *Las civilizaciones de la India* indiqué los principios directores que ha seguido Inglaterra para la conquista y administración de sus colonias, especialmente la India; cómo se había sometido esta última por el dinero y los hombres del pueblo conquistado; cuán perfecta era su administración, y cómo por la aplicación de un solo principio psicológico erróneo, este gigantesco imperio se escaparía quizás un día de las manos de sus conquistadores.

Obligado á ser conciso, me limitaré en este capítulo á estudiar las ideas corrientes en Francia sobre la administración de nuestra más próxima colonia, Argelia, y qué consecuencias pueden deducirse de su aplicación.

Los estudios sobre Argelia son innumerables;

pero dos de ellos, escritos por autores muy competentes, resumen claramente la opinión general admitida. De uno es autor el sabio profesor del Colegio de Francia, M. Leroy-Beaulieu, y del otro un ex cónsul francés, M. Vignon.

No me propongo en este capítulo examinar con detalle los resultados de nuestra colonización argelina, sino tan sólo la importancia de las ideas psicológicas que han dirigido y parece que continuarán dirigiendo por largo tiempo nuestra administración. Mis críticas recaerán únicamente sobre los principios y en manera alguna sobre los hombres que los aplicaron. Las necesidades políticas son las que dirigen á los hombres de Estado y no las teorías, porque las teorías son hijas de la opinión. Es, por tanto, necesario tener en cuenta la opinión y no las personas obligadas á seguirla, pues ninguna sería bastante poderosa para gobernar sin aquélla. El cambio será muy difícil, porque si bien el pueblo francés es en apariencia el más revolucionario de los pueblos, en el fondo es quizás el más conservador del universo.

Argelia, país tan extenso como Francia, está apenas poblado. Está habitado por seis millones de musulmanes adictos á nuestras instituciones y que aseguran las relaciones oficiales; pero en realidad esta adhesión necesita afianzarse por un ejército de 60.000 hombres, es decir, casi igual número que emplean los ingleses para mantener bajo su obediencia 250 millones de indios, de los cuales 50 millones son musulmanes y tan peligrosos y difíciles de mandar como sus correligionarios argelinos (1).

(1) Muchos musulmanes de la India son puros árabes, sobre todo en el imperio de Nizam. En Hyderabad forman una población tan fanática y peligrosa, que el Go-

En medio de esta población musulmana de Argelia se calcula otra de 800.000 europeos, de los cuales la mitad tan sólo son franceses, la otra mitad la forman españoles, italianos, malteses, etc. Estos elementos europeos, de orígenes tan diversos, no se cruzan con los musulmanes, sino sólo entre ellos, y no está lejano el día en que resulte de estas mezclas una población nueva de caracteres bien definidos, que sentirá mucho más cariño y simpatía á todo lo de Argelia que á lo de la metrópoli. Esta aparece ya como un simple banquero particular, destinada á hacer concesiones al país de ferrocarriles, establecimientos públicos y diversas subvenciones.

En cuanto á los musulmanes, que constituyen la mayor parte del país, están formados por los descendientes de todos los conquistadores africanos; pero en el fondo tienen dos terceras partes de bereberes y una de árabes. Las diferencias entre ellos son muy pequeñas; la única que presenta alguna importancia es la que permite dividirlos en sedentarios y nómadas. Veremos más adelante que, en oposición á una idea muy extendida, los árabes y los bereberes, indistintamente, presentan en ocasiones este carácter.

El libro de M. P. Leroy-Beaulieu podría resumirse en una frase, traducción exacta, por lo demás, de las ideas reinantes en Francia sobre Argelia: «afrancesar á los musulmanes».

bierno inglés ha tomado el partido de prohibir absolutamente á los europeos el andar por las calles sin autorización y sin escolta. Por lo demás, es un principio general en las Indias evitar en todo lo posible las relaciones de los indígenas con los europeos. Cada ciudad está dividida en dos partes separadas por muchos kilómetros de distancia: la ciudad indígena y la europea; esta última es la que se llama el cantón.

El sistema político seguido hasta aquí paraa francesar ó conquistar moralmente á esos musulmanes es de una barbarie semejante al procedimiento empleado por los primitivos americanos con los pieles rojas, al arrasar sus campos y poblados, dejándoles en plena libertad de morir de hambre.

Poco más ó menos éste ha sido nuestro procedimiento administrativo de la invasión, perfectamente descrito por M. Vignon:

La administración, dice, viendo á los gobernadores generales confiscar tierras de las tribus, después de cada insurrección pensó que, con toda justicia, podía apropiarse de las mejores tierras para sus colonos y despojar á los indígenas. Á medida que se desarrollaba el elemento europeo, los indígenas eran despojados de las herencias de sus padres y transportados, tribus enteras, lejos de la región, que, después de todo, era su patria... Los resultados de tal política, seguida durante más de treinta años, no podían ser dudosos. Por un lado, el árabe constantemente rechazado, cada día más temeroso de no llegar á coger el fruto de su trabajo, no pensaba ni en cultivarlo bien, ni en mejorar la tierra; por otro, privado de tierras laborables de su tribu, del goce incluso de aguas para el riego, no pudiendo luchar contra la sequía, no recogía trigo suficiente para hacer pan y veía disminuir ó desaparecer sus rebaños. Por todas partes, en fin, esos mil sufrimientos que fomentan los odios del indígena contra el colono, haciendo cada día mayor la división que separa á las dos razas.

El senatus-consultus de 1863, que declaró propietarios á las tribus de los territorios que disfrutaban, no puso término al sistema de la confiscación, sino que le cambió de forma y de nombre. Hoy se le llama «el sistema de la expropiación por causa de utilidad pública». Dos características esenciales posee este sistema: una el que no concede la tierra más que á los colonos que se la han quitado á los

indígenas, formándose círculos exclusivamente europeos en que los indígenas, como propietarios, son descartados; y, segunda, condena á la miseria al indígena desposeído de tierras. El antiguo propietario de la tierra recibía una indemnización en dinero, que fijaban los tribunales y que variaba entre 50 á 60 francos por hectárea. El indígena, por tanto, se ve obligado á cambiar las 30 ó 40 hectáreas, con las cuales vivía él y su familia con cierto desahogo, por una cantidad de 1.500 á 2.000 francos que se agota en uno ó dos años.

Una de las más extrañas aplicaciones que se ha dado en Argelia á la omnipotente intervención del Estado ha sido la colonización oficial. Es necesario leer la lamentable historia en el libro que acabo de citar, y se verá las consecuencias de esas distribuciones gratuitas de tierras á fracasados de todas clases, tan aptos para cultivar tierras como para explicar sánscrito; los resultados de esas creaciones oficiales de ciudades, en lugares que se han convertido hoy en desiertos, etc. Las consecuencias de ese desastroso ensayo y el cuantioso dinero gastado en el mismo no ha bastado para aleccionar á nuestros gobernantes, puesto que hace algunos años, un gobernador general pedía 50 millones para expropiar tierras de los árabes y crear ciudades en sustitución á las que tan miserablemente había devastado. Felizmente el proyecto no fué aceptado por la Cámara, porque de prevalecer hubiera ocasionado una nueva insurrección de la población musulmana y un nuevo y cuantioso despilfarro para la metrópoli. Que tal proyecto haya podido ser propuesto, discutido y aprobado, demuestra hasta qué punto la educación de la opinión pública francesa, en materia de colonización, es ignorante y primitiva.

No es sorprendente que con tales ensayos, Arge-

lia nos cueste excesivamente cara. Se calcula que hemos pagado por ella, deducidos los ingresos, más de 4.000 millones. Á precio de tantos sacrificios, ¿hemos conseguido, por lo menos, pacificar el país? Tratemos de convencernos de que así es; pero no olvidemos que para conservar allí una paz relativa es necesario que mantengamos en Argelia constantemente un importante ejército.

••

Desde la conquista de Argelia, dos principios fundamentales, que alternan según los movimientos de opinión, parece haber dirigido exclusivamente nuestra política colonizadora. Uno consiste en expropiar á los árabes para rechazarles al desierto; el otro en afrancesarlos, imponiéndoles nuestras instituciones. Los árabes no se han dejado rechazar, por la sencilla razón de que el desierto no puede dar de comer á nadie, y porque antes de consentir morir de hambre muchos millones de hombres, es natural que opongan alguna resistencia. Y los indígenas no han aceptado el afrancesarse porque ningún pueblo hasta aquí ha podido cambiar su constitución mental para adoptar la de otro.

Los dos sistemas son, por tanto, igualmente detestables, y el paso sucesivo de uno á otro no nos ofrece ninguna probabilidad de mejora. Y continuará la serie de ruinosas experiencias, hasta el día en que nuestros gobernantes vean claro y comprendan que dejar á un país conquistado sus instituciones, sus costumbres, su género de vida y sus creencias, como hacen todos los pueblos colonizadores, especialmente los ingleses y los holandeses,

es la más sencilla, menos costosa y más prudente de las soluciones.

Esta solución sería en la actualidad imposible, puesto que la opinión pública está contra ella, y lo demuestran la conducta de nuestros administradores y las ideas emitidas en los periódicos y en los libros.

Al observar que en Occidente se va desprendiendo de las influencias religiosas, estimamos que universalmente ocurre lo mismo. Muy pocos autores han comprendido que en Oriente la cuestión religiosa es la primordial á toda otra. Las instituciones civiles y políticas, la vida pública y privada son, lo mismo para los discípulos de Mahoma que para los de Buhda, únicamente regidas por la ley religiosa. Comer, beber, dormir sembrar los campos, hacer la recolección, son otros tantos actos religiosos para los orientales. Comprendiéndolo así los ingleses, y no obstante su rígido protestantismo, restauraron en las Indias las pagodas y subvencionaron con largueza á los sacerdotes de Siva y de Vichnu y en manera alguna excitaron el celo de sus propios misioneros. Vano sería intentar encontrar en toda Inglaterra un solo abogado que sostuviese que es preferible que perezca una colonia á un principio.

La base de nuestra política debiera haber sido proteger la religión musulmana, apoyarnos en las congregaciones influyentes, robustecer la autoridad de los sacerdotes musulmanes en vez de combatirlos y debilitarla. El primer residente francés en Túnez, uno de los pocos gobernadores que supo asimilarse las cosas del Oriente, y que se vió obligado á retirarse, demostraba un sentido político muy profundo al influir con el bey de Túnez

para que promulgase decretos religiosos á fin de convencer á los creyentes de la licitud de las medidas que quería imponer.

Respetar las costumbres religiosas de los árabes es respetar todas sus instituciones, derivadas éstas últimas únicamente, como digo anteriormente, de creencias religiosas. M. Leroy-Beaulieu reprueba esta política, que califica de política de abstracción, y añade que «el respeto completo de las costumbres, de las tradiciones y de los usos, de lo que se ha dado en llamar la nacionalidad árabe exigiría que nuestro ejército y nuestros colonos abandonasen África».

¿Por qué el respeto de las costumbres y hábitos árabes ocasionaría la obligada evacuación de nuestro ejército y de nuestra colonia? El autor olvida decirlo. Á mi juicio le costaría gran trabajo apoyar su opinión en alguna razón seria. La política que se censura es la seguida por Inglaterra en las Indias, sin que aquélla parezca dispuesta á abandonar su enorme imperio.

Las medidas aconsejadas por M. Leroy-Beaulieu se hallan de acuerdo con nuestras ideas sobre la igualdad general, puesto que consisten en la fusión del elemento indígena con el europeo. Esta fusión está representada «como un estado de cosas en el que las dos poblaciones, de diferente origen, colocadas bajo un mismo régimen económico y social, obedecen á las mismas leyes generales, y seguirán, en el orden de la producción, el mismo impulso».

La descripción parece seductora en el papel. Es el sueño igualitario de nuestros teóricos del 93 y de hoy; pero haría sonreír al más modesto empleado del servicio civil de las Indias. Se puede ser un eminente sabio y no tener idea del abismo que se

para el pensamiento y los sentimientos de un oriental de los de un occidental.

El autor prevé algunos obstáculos á su política de fusión, pero los vence con facilidad. Primero asegura, sin decir en qué observaciones apoya su aserto, que «las kabilas no difieren de los europeos más que en un punto, en la religión». ¡Qué horror! Se estaría más cerca de la verdad si se dijese que entre el europeo civilizado y el berebere actual la diferencia es tan notable como uno de Gales del tiempo de Brennus y un parisién de nuestros días.

Los bereberes, según M. Leroy-Beaulieu, eran idénticos á los europeos; únicamente los árabes quedaban por afrancesar, y esto le parece fácil de conseguir. «Es menester, explica el autor, modificar radicalmente el sistema de la tribu, de la propiedad colectiva y de la familia polígama. Conseguido esto, no quedarán más que detalles que desaparecerán con el tiempo.»

Estas pequeñas transformaciones, que satisfarían al más puro de los socialistas, parecen tan fáciles al autor, que no considera necesario ni siquiera indicar el medio de realizarlas. Creo, sin embargo, que para toda persona un poco familiarizada con el estudio de la constitución mental de los árabes, el realizar tales modificaciones no ofrece menos dificultad que el transformar á un indígena australiano en profesor del Colegio de Francia, ó de enseñar á volar á una rana.

M. Leroy-Beaulieu no es benévolo, por lo demás, con los árabes, cuando les juzga como una colección de salvajes. Su organización es sencilla, según él, «la antigua constitución de todos los pueblos pastores». El autor cree evidentemente que todos los árabes son pastores y los bereberes sedentarios.

En realidad, los caracteres de nómadas y sedentarios se dan en los dos pueblos. Los más puros bereberes, los turegs, son exclusivamente nómadas. Al leer lo que escribía Ibn Kaldoun en el siglo XIV, se ve que esta división de bereberes de Argelia en sedentarios y en nómadas no es de ayer (1).

Las distinciones que antiguamente hacían los autores entre bereberes y árabes, desde el punto de vista de la aptitud á la civilización, descansan en observaciones muy superficiales y que no son actualmente sostenibles. Hay, repito, entre los bereberes sedentarios y nómadas, como los hay entre los árabes. La forma de existencia depende del medio, y estas dos formas de la vida social resultan de la naturaleza de la tierra y no de la raza. En las llanuras arenosas, árabes y bereberes son nómadas; en las regiones fértiles son sedentarios. Se encuentran árabes nómadas y árabes sedentarios en Argelia, lo mismo que en Egipto, Siria y Arabia.

Entre los bereberes sedentarios y los árabes se-

(1) «Desde los tiempos más antiguos, dice Ibn Kaldoun, esta raza de hombres (los bereberes) habita el Mogreb, donde ha poblado los llanos, las montañas, las regiones marítimas, los campos y las ciudades. Construyen sus habitaciones, bien con piedras ó barro ó cañas, ó bien de telas hechas con crin de camello. Aquellos que entre los bereberes gozan de poder y dominan á los otros se dan á la vida nómada y recorren con sus rebaños los pastos que un corto viaje puede ofrecerles. Jamás abandonan el interior del Tell para entrar en las vastas planicies del desierto. Ganan su vida en la cría de los corderos y bueyes, reservando únicamente los caballos para montar y para propagación de la especie. Una partida de bereberes nómadas se dedica á la cría de camellos. La clase pobre vive con los productos de sus campos y de los animales que cría en sus casas; pero la clase alta, la que vive en forma nómada, recorre el país con sus camellos y con el lazo siempre en la mano. Se dedica igualmente á multiplicar sus rebaños y á desvalijar á los viajeros.»

dentarios no puede saberse quién de los dos supera en desarrollo intelectual. De inclinarse hacia alguien, sería más bien hacia los árabes, poseedores en la antigüedad de una gran civilización, mientras que la de los bereberes fué siempre muy escasa (1).

En la reforma sobre la que más insiste M. Leroy-Beaulieu—pero olvidando siempre el modo de indicarnos su aplicación práctica—es la supresión de la poligamia. Describe las ventajas de la monogamia y revela á sus contemporáneos que «el hogar es esencialmente dominio de la mujer única; sin ella el alma de la familia falta y es imposible la prosperidad de la casa. Esa es una de las causas del estancamiento en que se encuentra la familia árabe».

No quiero entrar en el fondo de la cuestión y objetar que si todos los orientales son polígamos, deberán existir poderosos motivos justificativos de esta costumbre. Tampoco haré observar que la poligamia legal de los orientales empareja con la poligamia hipócrita de los europeos y su cortejo de nacimientos ilegítimos. Sobre estas cuestiones, y algunas otras, se encuentran bastantes detalles en mi *Historia de la civilización de los árabes* (2), en

(1) Desde el punto de vista moral, los bereberes parecen inferiores á los árabes. Los primeros son célebres desde la más remota antigüedad por su perfidia. Formaron filas en los ejércitos cartagineses y debieron sin duda contribuir extraordinariamente á la mala reputación de la fe púnica. Cuando Muza, conquistador árabe de España, fué interrogado por el califa de Damasco sobre los bereberes que habitaban las provincias que forman la Argelia actual, le hizo la descripción siguiente, que muchos encontrarán aún exacta: «Son muy semejantes á los árabes en su manera de atacar y combatir. Son pacientes, sobrios y hospitalarios entre sí; pero la gente más perversa del mundo; ni las promesas ni las palabras son sagradas para ellos».

(2) Un vol. en 4.º de 750 páginas.—París, Didot, 1884.

donde se ve que bajo la dominación árabe los harems han producido tantas poetisas ilustres y mujeres sabias como en nuestras liceos de muchachas.

Está hoy perfectamente demostrado que jamás ha producido la poligamia el estancamiento de los musulmanes. ¿Es necesario recordar que los árabes, únicamente los árabes, nos han revelado el mundo greco-latino y que las universidades europeas, incluso la de París, han vivido durante seiscientos años exclusivamente de traducciones de sus libros y de la aplicación de sus métodos? La civilización árabe fué una de las más brillantes que conoce la historia. Murió, como muchas otras; pero sería contentarse con explicaciones por demás superficiales la de atribuir á la poligamia las consecuencias de factores de muy distinta importancia.

No se comprende, por lo demás, los motivos de la animosidad del virtuoso profesor contra la poligamia, puesto que nos anuncia que es muy limitada entre las familias ricas y que pierde terreno. Si es tan rara y tiene tan poca importancia, ¿por qué, entonces, quererla suprimir y cómo justificar que esta costumbre puede ser «una de las grandes causas del estancamiento en que se encuentra la sociedad árabe?»

M. Leroy-Beaulieu considera nuestra educación latina como uno de los principales medios de acción sobre los árabes. Esta es una opinión general hoy, y que yo también he mantenido, hasta que numerosos viajes y estudios me han convencido del error en que me encontraba. Aunque sin esperanza de convencer á un francés, el asunto es suficientemente importante para que me vea obligado á exponer mi opinión, como lo haré en el próximo capítulo. Allí se verá que la instrucción europea,

lejos de mejorar la condición de los indígenas, no ha dado otro resultado que el hacerles miserables moral y materialmente.

Las razones psicológicas del deplorable efecto producido sobre razas relativamente inferiores, ó al menos que difieren profundamente de las de Europa, por nuestra educación europea, no eran imposibles de prever. Esta educación, adaptada por transformaciones seculares á nuestros sentimientos y á nuestras necesidades, no podía serlo á sentimientos y necesidades distintos. Sus primeros resultados son despojar violentamente al árabe, al indio y al oriental de las ideas hereditarias sobre las cuales han fundado sus instituciones y sus creencias, base de su existencia. Si se realizase el sueño de Leroy-Beaulieu y de todos los autores que predicán la educación europea de los árabes, Argelia sería para nosotros lo que fué Venecia para Austria, lo que Irlanda para Inglaterra y Alsacia para Alemania.

Nuestros historiadores lamentan algunas veces en sus libros la pérdida de la India, conquistada en parte en la antigüedad por el genio del gran Dupleix. No lo sentimos demasiado. Gobernando como nosotros gobernamos Pondichéry y nuestras otras colonias, es decir, con los principios expuestos por M. Leroy-Beaulieu, la India se hubiera levantado en guerra y sangre y no hubiera tardado en dejar de ser nuestra.

En la Indo-China (1) se ha incurrido exactamen-

(1) En Indo-China y en todas partes. El Dr. Colin ha publicado sobre el Senegal y el Sudan una serie de artículos en que narra los tristes resultados de nuestra triste manía de querer imponer á todos los pueblos nuestras instituciones. «Atacando prematuramente la organización

te en los mismos errores que han hecho en todas partes nuestra dominación tan intolerable y ruinoso. Enviamos para administrar á los orientales agentes políticos que los tratan al modo de un departamento francés, con un ejército de funcionarios que no tienen la menor noción de los hábitos y costumbres del pueblo indígena, extraños á todo. Cuando nuestra colonia podría producir 200 millones al año á la metrópoli, según la afirmación de un antiguo gobernador, M. Flamaud, continuamos derrochando millones y soldados, sin otro resultado que el de hacernos profundamente odiosos, perder todo prestigio y demostrar una vez más al mundo nuestra desoladora incapacidad para comprender algo de lo que atañe á las necesidades, á los sentimientos y á las ideas de las razas extranjeras y, por consecuencia, á gobernarlas.

•••

El peligro aparece, por tanto, claramente al querer imponer á los indígenas de las colonias instituciones, ideas y necesidades de pueblos diferentes. Podemos añadir, por lo demás, que tal misión no la ha realizado nación alguna y que es imposible que lo consiga. El barniz superficial de la educación europea modifica muy poco la indígena. Hablad algún tiempo con un indio ilustrado, educado en las escuelas anglo-indianas, y pronto notaréis, á pesar de una instrucción casi igual á la del bachiller ó li-

de la sociedad negra, dice el autor, tendríamos la guerra, la guerra perpetua y sin cuartel, y se pondrían frente á nosotros todos los pueblos fetichistas y musulmanes, sin contar con que también tendríamos contra nosotros á los esclavos.»

cenciado europeo, el abismo que existe entre sus ideas y las nuestras. Hubo necesidad de que transcurriesen muchos siglos para que los bárbaros pudiesen crear, con los vestigios del mundo romano, una civilización, una lengua y unas artes adaptados á sus necesidades. Sólo el tiempo puede realizar esas grandes transformaciones.

La historia demuestra que dos civilizaciones muy distintas, colocadas simultáneamente, no se combinan jamás. Los pueblos conquistadores que han podido influir en otros han sido únicamente aquellos cuyos sentimientos, ideas, instituciones y creencias no presentaban diferencias demasiado acentuadas. Los orientales influirán fácilmente con los orientales, pero jamás los occidentales podrán adquirirla con aquéllos.

Tal es el secreto de la influencia inmensa ejercida por los árabes de Oriente y que mantienen aún en África, China y la India. En todas partes consiguieron, sin esfuerzo, que adoptasen los pueblos en contacto con ellos los elementos más fundamentales de su civilización: la religión, la lengua y las artes. Implantada en un país la civilización musulmana, parece fijada para siempre. En la India ha desterrado antiguas religiones y ha conseguido igualmente hacer árabe ese antiguo Egipto de los Faraones, sobre el cual los persas, los griegos y los romanos tuvieron tan poca influencia. El Islamismo cuenta con 50 millones de sectarios en la India, 20 millones en China, y el número acrece constantemente. Conquista hoy todo el continente africano, al propio tiempo que fracasan miserablemente los esfuerzos de los misioneros europeos. El explorador europeo que con grandes trabajos llega al centro de África, encuentra caravanas de árabes, de-

jando tras de sí su religión y, muchas veces, su idioma.

Los europeos podrán ser hábiles colonizadores; pero, después de Roma, los únicos pueblos realmente civilizadores han sido los musulmanes. Sólo ellos, en efecto, consiguieron hacer adaptar á otras razas los elementos esenciales de una civilización: la religión, las instituciones y las artes.

Los europeos pueden conseguir bastante fácilmente, como los ingleses en la India, dominar á un pueblo inferior; pero modificar su mentalidad, no hay que soñarlo. La distancia que separa nuestros sentimientos y necesidades y los suyos es demasiado grande para que pueda ser franqueada bruscamente. La civilización, adaptada á nuestras necesidades, no lo es en manera alguna á las de ellos; nuestra vida ficticia, nuestras inquietudes perpetuas, nuestras frecuentes revoluciones, nuestras necesidades artificiales y el trabajo incesante que producen; la vida del obrero en la fábrica ó en la mina, penosamente atareado á un trabajo duro y no poseyendo de la libertad más que la palabra, nada de todo esto les seduce. Siempre me llamó la atención en mis viajes el ver que los orientales ilustrados que han visitado Europa eran á los que menos agradaba nuestra civilización. Nunca pude suponer que el oriental fuese más feliz, más honrado y más moral que el europeo, hasta que tuve ocasión de tratarle. El único resultado de nuestra civilización en los orientales es el de depravarlos y empobrecerlos.

Imposible extenderse con latitud sobre las precentes verdades. No se puede más que enunciar aquí ideas cuyo desarrollo exigiría un libro. Y volviendo á M. Leroy-Beaulieu, diré que tengo la esperanza de

que si reflexiona reconocerá que la idea de afrancesar un pueblo semibárbaro, inculcándole nuestra civilización, teoría tan general aún en Francia, no es realmente muy sostenible por un sabio. Dejemos tales ideas á los demagogos socialistas. No hay hoy derecho á ignorar que las instituciones de una raza tienen un encadenamiento necesario, que no pueden modificarse á voluntad, sino someterse á ellas en relación con sus necesidades é impuestas por su evolución. Es inútil tratar de hallar teóricamente la civilización mejor para una nación, sino aquella que más le conviene.

No he cesado, desde hace veinte años, de repetir las verdades que preceden, y comienzan, aunque muy lentamente, por ganar camino. En su notable obra *Domination y colonisation*, uno de los hombres más familiarizado con las cosas de Oriente, el Embajador Jules Harmand, se expresaba del modo siguiente:

Es un funesto error y de terribles consecuencias para el conquistador y para sus súbditos no reconocer que hay razas y sociedades superiores por la naturaleza y por la acumulación de circunstancias evolutivas y otras menos favorecidas, y que cuanto mayor es la distancia que las separa, menos posible es relacionarlas con leyes comunes ó con los mismos procedimientos de cultura.

..... Estas convicciones, dictadas por la observación de los hechos, deben inspirar á los europeos en sus expansiones lejanas, que terminan con la dominación de pueblos tan distintos de los suyos propios. Su sola aplicación, en forma resueltamente desasimiladora, sistemáticamente respetuosa con la constitución mental de esos pueblos, con sus organizaciones políticas y sociales, que son consecuencias de sus necesidades morales y materiales, puede ser beneficiosa al mismo tiempo para el dominador y el súbdito, y justificar esas vastas y difíciles empresas.

Nuestros hombres políticos están muy lejos de sustentar estas ideas. Generalmente los administradores hacen traducir y anunciar en los países bárbaros que gobiernan, la proclamación de los *derechos del hombre* para hacerse simpáticos á las gentes conquistadas y hacerles apreciar los beneficios de nuestras instituciones. Esta infantil concepción da la exacta medida de su mentalidad en materia de colonización.

* * *

Á nuestros métodos de asimilación impuesta se añaden en las colonias un poco alejadas procedimientos de autocracia jacobina que les hacen rápidamente inhabitables por los europeos. El más insignificante gobernador—muchas veces fruto seco de la política—se cree un potentado y usa procedimientos de déspota asiático.

El *Matin* del 29 de Marzo de 1910 publica una carta de un viajero por la Guayana, en la que dice lo siguiente:

Los altos funcionarios enviados de la metrópoli no vienen aquí más que á la conquista de un negocio ó de una candidatura. Si permanecen algún tiempo, se sienten dominados de la locura autocrática y promulgan terribles *ukases*, ordenan arrestos, secuestros, expulsiones, hacen cundir el terror, levantan los ánimos para la insurrección. Cuando, en último extremo, el Gobierno central les llama, es para enviarles en un fructifera misión.

Ninguna seguridad para el desgraciado colono; política y comercialmente, la arbitrariedad. La variable interpretación de las tarifas de aduanas permiten á la administración arruinar á Juan en beneficio de Pedro. Ninguna garantía para el porvenir de una industria. Compráis tierras para plantar cacao, sobre los cuales os ofrecen una

prima de 80 francos cuando estén en sazón; comprometéis capital, llega el momento y os encontráis con que la prima se ha reducido á 30 céntimos, y que á mayor abundamiento no hay crédito en el presupuesto para pagarlos. Reclamáis y se os objeta que la Administración no os fué á buscar á Francia, ¿qué venís á hacer aquí?

Fácil es adivinar á qué miserables situaciones han conducido á estas colonias tales procedimientos. El resultado se hace más palpable comparándolo con los de los países vecinos. Mientras la Guayana inglesa y la Guayana holandesa alcanzan un alto grado de prosperidad, la Guayana francesa vuelve al estado salvaje.

En un capítulo anterior indiqué, reproduciendo fragmentos de una circular del gobernador actual de la costa de Marfil, cuán equivocadamente feroces eran nuestros métodos de colonización y hasta qué punto habían exasperado á las poblaciones indígenas. Un periódico inglés, el *African Mail*, observaba atinadamente que las revueltas de todas esas poblaciones, á las cuales pretendemos imponer por la fuerza los beneficios de nuestra civilización, eran fatales.

Las autoridades recolectan lo que siembran y después de dos años la Costa de Marfil es teatro de combates incessantes que llegan á un estado de cosas, casi sin precedente en los anales del Africa occidental moderna.

Se pueden deducir provechosas lecciones de lo que ocurre actualmente en la Costa de Marfil, y la principal es la locura que existe de imponer tributos á las tribus de las selvas que substancialmente nada han mejorado con la ocupación europea. Tal política no puede ser aplicada más que por procedimientos brutales: incendios de ciudades, actos de salvajismo é incidentes deshonrosos.

Cuando una administración civilizada exhibe pendientes

de una cuerda las cabezas de los jefes indígenas rebeldes para demostrar su proeza; cuando hipoteca la recolección de las ciudades indígenas para el pago de sus impuestos, no se puede mostrar sorprendida de que las comunidades indígenas se preparen á correr el riesgo de una destrucción completa para sacudir un yugo tan odioso.»

Como consuelo—bastante mediano—de nuestros fracasos coloniales, podemos decir que los alemanes no han sido mucho más afortunados. Los belgas han empleado procedimientos tan duros como los nuestros; pero procediendo con más método y con hombres más capaces, han sabido conseguir de su colonia del Congo inmensas riquezas. No teniendo la pretensión, siempre un poco hipócrita, de ser los bienhechores de la humanidad, se han limitado á ser los bienhechores de su propio país. Por lo general, ese es el único fin que se puede proponer y obtener en materia de colonización.